EL SECRETO DE LA FELICIDAD

Andrés C. Martín

Imprenta MORON - SEVILLA

Depósito Legal SE 247 - 1978 ISBN - 84 - 400 - 5097 - 6

I.—TODOS LOS HOMBRES DESEAN LA FELICIDAD

En todos los seres sensibles existe un instinto natural que apetece el bien y aborrece el mal; y este instinto es el que guía o conduce todos los movimientos, deseos y pensamientos de cada ser.

Ningún ser sensible puede querer lo que estima peor, ni dejar de querer lo que cree mejor: ley invariable de la naturaleza, y fuerza irresistible en el instinto natural de todo los seres vivientes.

Por eso escribió Aristóteles: «La voluntad, potencia ciega del alma, no se decidirá a amar alguna cosa si el entedimiento no se la presenta como buena». Pensamiento que confirma Santo Tomás diciendo: «Nada se desea ni ama en el mundo, si no es bajo la razón de bien».

Los seres irracionales por carecer de enten-

dimiento apenas pueden distinguir lo bueno de lo malo, pero en cuanto cabe en su instinto son arrastrados por el mismo natural impulso. Pero el hombre usa su entendimiento para conocer el bien y el mal, y todo cuanto hace, estudia y reflexiona va encaminado a conocer con mayor perfección lo mejor y a aprender los medios que habrá de usar para conseguirlo. Este es el afán de todo hombre en esta vida, y a esto se enderezan todos sus estudios y esfuerzos: a esto vienen a parar todas sus preocupaciones e inquietudes; y si algo se teme, se odia o se aborrece, es porque se teme puedan estorbar la consecución de este objetivo.

«Todo cuanto se desea en el mundo, dice Santo Tomás, bajo la razón de algún bien se desea». Por eso cuando vemos que alguien busca alguna cosa, cuya razón de bien nosotros no entendemos, o que advertimos claramente que aquello no puede ser útil a nadie en ningún sentido, creemos que el tal estará loco, porque no le ilumina la razón. Es decir: antes creemos a uno falto de juicio que falto de este instinto natural que todos llevamos en lo más profundo de nuestro ser.

«Aún no ha alboreado la razón en el niño, dice un carmelita descalzo, y ya inconsciente y por instinto procura el bienestar y satisfacer su gusto. Cuando no puede conseguirlo lo reclama a su modo con el llanto. La naturaleza del

hombre necesariamente pide, busca y exige la felicidad con esperanza de conseguirla, o al menos el bienestar.

«Dentro de nosotros, en lo más íntimo de la naturaleza, llevamos la inclinación profunda y vehemente de ser felices; lo anhelamos con más vehemencia que la misma vida. Ni tenemos necesidad de maestro alguno que nos enseñe qué es la felicidad, aunque sí le necesitamos para que nos indique el modo de vida que nos conduce a élla y qué es lo que nos impide y aleja de su posesión...

«Todas nuestras actividades van encaminadas a conseguir la felicidad o acercarnos a su calor cuanto nos sea posible. La busca el santo y el penitente en su recogimiento, en su oración, en su sacrificio y penitencia. La busca el disipado y el regalado saboreando sus pasatiempos, sus diversiones y sus delicias. Se antepone la felicidad a la vida. La desea el que cuida con exageración de su salud; la desea el que aborrece su vida en la tierra, porque es desgraciada y quiere dejar de sufrir hundiéndose en el silencio de la muerte. Se busca con ansia en los trabajos, en los negocios, en el bienestar, en el descanso, en los bienes de fortuna, en los regalos, en las diversiones, en la fama, en la honra, en los acontencimientos de la ciencia, en los juegos y pasatiempos, en la amenidad de los paseos y conversaciones con los amigos, y cree cierta-

mente que la encontrará en el amor correspondido. Espera llegar a vivirla en la posesión de todos esos bienes».

En este mundo hay dos clases de hombre: Los que han recibido la fe y creen en la vida eterna después de la muerte y los que no tienen fe y creen que todo acaba con la muerte.. Los primeros buscan la felicidad para la vida futura, siguiendo las enseñanzas del Evangelio, que son completamente contrarias y opuestas a las teorías del mundo, que cree que la felicidad se puede conseguir con las riquezas satisfaciendo todos los deseos y apetitos de la naturaleza animal del hombre, por lo que tiene por felices y bienaventurados a los ricos, a los que ríen y se divierten y a los que son alabados y aplaudidos por los hombres. En cambio el Evangelio dice que la felicidad está en la pobreza: «Bienaventurados los pobres de espíritu»: Está en los que lloran y son perseguidos: «Bienaventurados los que lloran... Bienaventurados los que son perseguidos...», etc.

Los hombres sin fe buscan la felicidad en los placeres y comodidades de esta vida, y en todo cuanto alaga y alegra los sentidos, porque creen que todo acabará con la muerte y es lógico y natural que busquen la felicidad en aquellas cosas que tienen presentes.

A este respecto decía San Agustín: «Todos los hombres del mundo buscan la felicidad: los

buenos son buenos por éso; porque desean ser felices en el Cielo. Pero lo que más me admira y llama la atención, es que también los malos son malos por el mismo deseo; también ellos quieren la felicidad, sólo que esos pobres van equivocados».

En cierta ocasión leí unos versos atribuidos a San Francisco Javier, muy bonitos, pero que yo nunca he sido capaz de recitar con sinceridad,

Quisiera tener esos sentimientos, pero me parece muy difíciles de conseguir . Estos son los versos.

Dicen así:

No me mueve mi Dios para quererte,
El Cielo que me tienes prometido,
Ni me mueve el infierno tan temido,
Para dejar por eso de ofenderte.
Muéveme mi Dios, muéveme el verte,
Clavado en una cruz y escarnecido,
Muéveme el ver tu cuerpo tan herido,
Mueveme tus afrentas y tu muerte.
No me tienes que dar mi Dios porque te quiera,
Porque aunque no hubiera Cielo yo te amara,
Y aunque no hubiera infierno te temiera;
Pues aunque lo que espero no esperara,
Lo mismo que te quiero te quisiera.

Yo sé, como decía el Apóstol, que «si no hubiera resurreción, seríamos los cristianos los hombres más desgraciados de este mundo»...; y, sinceramente, siento en mi interior tales deseos

de felicidad que me parece imposible poder hacer algo en contra de su consecución.

Y pienso que Dios no me culpará por ser como soy; yo no me hice a mí mismo: El fue mi propio constructor; yo no soy el autor de mis sentimientos, sino sólo de mis consentimientos. Por eso sé que Dios no me va a pedir que yo sienta amor por El; a El le basta que quiera amarle, no que lo sienta, pues eso es algo que no depende de mi voluntad.

En fin: Dios que es el autor de nuestro ser, sabe las ansias que todos tenemos de felicidad, y quiere que las aprovechemos en nuestro propio bien. Para ello nos manda reflexionar en nuestro destino eterno: para que comparados los bienes verdaderos del Cielo, con los bienes caducos y transitorio de esta vida, sepamos elegir lo mejor y que más nos conviene. Por eso nos dice: «Piensa en las postrimerías y nunca jamás pecarás».

Como decía Aristóteles: «La voluntad es una potencia ciega», y necesita de la ayuda del entendimiento y la reflexión para saber discernir lo bueno de lo malo. Es cierto que todos deseamos ser felices, pero no lo es menos que la mayor parte de los hombres nos equivocamos en la forma de conseguirlo por falta de reflexión, o por falta de maestro que nos ayude en asunto tan importante.

Con el Evangelio en la mano, en las pocas páginas de este librito te voy a hacer reflexionar en algunas verdades fundamentales que, con la mayor lógica, te van a hacer comprender la forma de conseguir la felicidad. Pues si abres tu corazón a la voz de Cristo y confías más en su sabiduría que en tus propios sentimientos, te iluminará la luz incomparable de su gracia y lo verás todo muy claramente.

Con el Evangelio en la mano, en las pocas páginas de este librito te voy a hacer reflexionar en algunas verdades fundamentales que, con la mayor lógica, te van a hacer comprender la forma de conseguir la felicidad. Pues si abres tu corazón a la voz de Cristo y confías más en su sabiduría que en tus propios sentimientos, te iluminará la luz incomparable de su gracia y lo verás todo muy claramente.

II.—DIOS ES EL AUTOR DE TODOS LOS ACONTECIMIENTOS

Se dice que una cosa sucede «por casualidad», cuando ha tenido la misma probabilidad de suceder de distinta forma o cuando no vemos causa para que así suceda.

Si jugando a la lotería te tocase la suerte, dirías que fue «por casualidad», porque pudo no tocarte. Y si buscando un objeto perdido, lo encontrases cuando ya no lo esperabas, también dirías que fue «por casualidad», porque también pudiste no encontrarlo. Luego la «casualidad», tiene dos partes: una es aquella cómo ha sucedido, y la otra es aquella como pudo suceder.

Estas dos caras de la «casualidad», tienen también otro nombre que suele llamarse la «suerte», por eso, si las cosas suceden como nosotros queremos, decimos que tenemos «buena suerte»; pero si nos suceden al revés, nos quejamos de tener «mala suerte». Nadie ignora de que la felicidad de un hombre, siempre depende de tener «buena suerte».

Sin contar con la «buena suerte», nadie pue-

de forjarse ninguna ilusión, porque puede salirle todo al revés. La buena suerte es la madre de la felicidad, pues si ella nos favorece, todas las cosas nos saldrán bien y tendremos cuanto podamos desear. No hay cosa tan buena, ni tan útil, ni tan gloriosa como la buena suerte, que es la reunión de todo cuanto se puede apetecer o desear. El hombre más feliz del mundo sería aquel que siempre tuviese consigo la buena suerte.

Pero esto solamente puede conseguirse con la ayuda de aquello que llamamos la «casualidad», porque, como dejamos dicho, ella es la que trae la suerte. Luego tu felicidad es asunto de la casualidad: solamente élla puede concedértela. Procura, pues, conocer quién es la «casualidad» y hazte su amigo, que si lograses su amistad, ciertamente te la concederá.

Pues bien: la «casualidad» no es otra cosa que la Divina Providencia, o sea, la voluntad de Dios, que es la que dirige y gobierna todos los acontecimientos: pues es de fe que nada sucede en el mundo sin su intervención. «La hoja del árbol no se mueve sin la voluntad de Dios... Hasta los cabellos de vuestra cabeza están contados, y no se perderá uno sólo sin la voluntad de Dios».

Una simple hoja que se mueve por el viento; o uno de tus cabellos que se te va cuando te peinas, son hechos que parecen no tener la me-

nor importancia, pero que, sabemos por la palabra de Dios, que ni siquiera eso puede suceder sin que en ello intervenga su divina voluntad.

Desde las cosas más grandes, como el movimiento de las estrellas en el espacio, hasta las más viles y pequeñas, como el movimiento y composición de los átomos, son cosas que no pueden suceder sin que Dios intervenga en ello. No existe la casualidad ni la suerte: es siempre la voluntad de Dios la que manda y la que hace que todas las cosas sucedan de la manera que pasan.

Quede, pues, bien claro, que no es la «casualidad» sino Dios quien dirige todos los acontecimientos, y cuando te toque la lotería, lo mismo que cuando te ocurra algo triste y desagradable, no digas: ésto fue buena o mala suerte: o ésto me ocurrió por casualidad, porque fue Dios quien lo hizo con premeditación y pleno consentimiento.

Debemos alegrarnos mucho porque nuestra suerte no depende de la «casualidad» sino de la voluntad de un Dios que sabe perfectamente lo que hace. Si somos sus amigos no consentirá nunca que nos suceda algo perjudicial. Lo dijo El en su Evangelio: «Si vosotros sabéis dar las cosas buenas a vuestros hijos ¿cuánto mejor lo hará vuestro Padre Celestial?».

Por eso decía el V. P. Nieremberg: «Es un

gran consuelo para nosotros el cuidado que de todo tiene la Divina Providencia, pues, así podemos vivir descuidados de las cosas de la vida, atendiendo sólo a agradar a quien así nos gobierna con sabiduría, justicia y razón; porque si sabe Dios cuidar de los pajarillos del campo, sólo porque los crió, ¿cómo cuidará de los que le sirven y de aquellos por los cuales El mismo murió?».

«Nadie pierda la esperanza pensando que le tiene Dios olvidado, pues, es inmensa su capacidad: ni cabe en su amor olvido, ni en su sabiduría ignorancia, ni en sus fuerzas flaquezas. Estupenda verdad es lo que dice San Gregorio: «Dios nuestro Señor así atiende a cada cosa como si sólo de ella cuidara, y de tal modo atiende a todas como si no cuidara de cada una». No hay cosa que salga de su jurisdicción. Nada se escapa de la disposición de su infinita sabiduría. No hay causa ni efecto alguno al que no se extienda su Divina Providencia, de suerte que ni en el moverse una hoja del árbol, ni el pestañear de un animal, puede ser sin intervenir su santísima voluntad».

«En una casa bien concertada de un prudentísimo padre de familia, no se hace nada sin su orden y permiso. ¿Pues cómo se podrá hacer algo en la gran casa de Dios, que es el universo, sin su mandato o permiso? Ni ángeles ni demonios, ni hombres ni animales, ni cielos, ni

tierra, ni nada de cuantas cosas hay, se pueden mover sin su voluntad; y todas cuantas cosas hay le deben obediencia y le están sumisas y atentas. Nada se puede mover sin que El lo sepa y quiera; ni una paja se puede levantar del suelo sin que concurra a ello su omnipotencia. Y así dice San Agustín: «La voluntad de Dios es la primera y única causa de todos los movimientos o acciones corporales y espirituales; porque no se hace cosa visible o invisible que no esté mandado o permitido hacer por el consejo invisible e inteligente del sumo Emperador...».

«Esto ha de ser para nosotros un grandísimo consuelo, que todo lo registre Dios, que todo pase por los ojos de un Señor tan sabio, tan prudente, tan bueno, tan deseoso de nuestro bien, de quien nos podemos fiar más que de nosotros mismos. Tengamos gran confianza en un Señor tan bueno, tan cuidadoso y próvido. No miremos las cosas como sucedidas del «acaso», sino ordenadas por Dios con altísimo consejo. Reverenciemos en ellas la voluntad divina e imitemos a David que cuando le maldijo Semeí no quiso que se le castigase, porque sabía que Semeí no le maldijera si Dios no lo quisiera, y así dijo: «Dejadle, porque el Señor le mandó que me maldijese». Esto es: lo permitió con particular providencia. (V. P. Nieremberg, Hermosura de Dios).

En resumen: Todo cuanto sucede en el mun-

do, sucede de la forma y manera que Dios quiere, y es lógico que Dios quiera que todas las cosas sucedan de la forma que más convenga a sus amigos, que por eso escribió el Apóstol: «Todas las cosas contribuyen al bien de los que aman a Dios» (Rom., 8, 28).

III.—AMIGOS DE DIOS

Hemos demostrado en el capítulo primero que todos los seres sensibles tienen un ansia infinita y un deseo insaciable de felicidad; que no existe ni puede existir nadie en el mundo que no quiera ser feliz, y que todo cuanto se hace, trabaja y lucha en esta vida va encaminado a conseguir la felicidad.

También hemos demostrado en el capítulo segundo que para ser feliz es absolutamente necesario tener buena suerte. La felicidad consiste en que todo nos suceda bien, y para ello es necesario la buena suerte.

Pero también hemos demostrado que la buena suerte no existe, porque eso de la suerte es una palabra vacía y sin sentido. Las cosas no suceden por suerte, sino por voluntad de Dios: sucederá siempre lo que Dios quiera: y Dios querrá lo mejor para sus amigos.

Es lógico que si somos amigos de Dios, El hará que cuanto nos suceda, ocurra de la forma que sea mejor para nosotros. «Si vosotros siendo malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros

hijos, nos dijo El mismo en el Evangelio, ¿cuánto más lo hará vuestro Padre celestial?». Si nosotros, a pesar de nuestras imperfecciones, deseamos lo mejor para las personas que amamos, ¿cuánto más lo deseará Dios, que es infinitamente bueno, misericordioso y santo? Y si Dios puede hacer todo lo que quiera, El no se contentará con solamente desearnos el bien, sino que nos lo conseguirá.

Aquí el problema únicamente podría consistir en saber si nosotros, pobres creaturas, podríamos conseguir la amistad de Dios. Es muy difícil que un pobre y rústico labrador consiga hacer amistad con un poderoso gobernador, y más difícil todavía que un analfabeto e ignorante consiga la amistad de un gran rey.

El pretender ser amigos de Dios, parecería una quimera si no estuviera escrito en el Evangelio; no somos dignos de ser sus esclavos. ¿Cómo podríamos pensar en ser sus amigos? Pero, aunque la grandeza de esta dignidad sea tanta que exceda nuestra comprensión, y aunque no podamos llegar a comprender cómo una vil creatura puede tener amistad con el Creador, hemos de creerlo, porque El así nos lo dice y sería un contrasentido dudar de la palabra de Dios.

«Vosotros sois mis amigos, si hacéis lo que yo os digo», y vuelve a repetir: «Ya no os llamo siervos, sino amigos». ¡Oh, amoroso Señor; no era bastante honra para una creatura compues-

ta de lodo, el hacerla vuestra esclava, sino que la hacéis vuestra amiga!

Considerando esto, Santo Tomás, y admirado de tanto favor, exclama: «Pásmate de la suma dignación de Dios para contigo. Ennoblecióte Dios, ¡oh, hombre!, constituyéndote Señor de los animales irracionales que te son inferiores, según se dice en el salmo: «Todas las cosas sujetaste a sus pies». Pero aunque reines sobre los brutos no fuera maravilla que te sujetares a los ángeles, por lo menos a los serafines. Más no pasa esto así, sino que tu nobleza es aún respecto de lo que está sobre ti: sólo Dios es tu verdadero Señor. Pero espántate aún más, extiende, dilata tu admiración hasta que mueras de puro asombro, que, Aquél cuyo esclavo debieras ser, manda que seas su amigo...»

Dice el Eclesciástico (c. 26): «Bienaventurado el que halla un amigo verdadero». Si es feliz el que halla un buen amigo, ¿qué felicidad será la de aquél cuyo amigo verdadero es Dios? «Si el que encuentra a un hombre por amigo verdadero, dice el P. Nieremberg, le basta, a hacer de esta vida, aunque llena de miserias, bienaventurada: quien halla por amigo al que es la misma bienaventuranza, ¿qué dicha tendrá?»

«Gran cosa es tener a Dios por Padre adoptivo; pero tenerle por amigo, aún dice más grandeza y amor. Porque no solamente los filósofos, sino también Santo Tomás, antepone el vínculo

de la sangre el de la amistad (Opusc. De Dilect. Dei). Por lo cual dicen algunos teólogos que tan fino puede ser el amor de un amigo que merezca se le ame más que a los propios padres». (Nieremberg).

«Tiene esto de más el nombre de amigo que el de hijo; que el nombre de hijo es de alguna inferioridad, y no s i g n i f i'c a necesariamente amor, porque puede uno ser hijo y padre sin ser amado ni amar; pero el amigo no puede ser sin amor, y esto no como quiera, sino recíproco de una y otra parte, amando y siendo amado. Además de esto, el nombre de amigo no significa inferioridad, sino igualdad, porque la amistad no puede estar más que entre iguales, como enseña Aristóteles y como también dijo San Jerónimo: «La amistad admite a los iguales o los hace iguales» (Lib. 7 Mich). Por esto se admiraron tanto los santos de que Dios quisiera hacerse amigo de los hombres, y así San Gregorio exclama: ¡Oh admirable dignación de la bondad divina: no somos dignos siervos y somos llamados amigos! ¡Oh, que dignidad la de los hombres ser amigos de Dios! —verdaderamente no hay otra mayor, pues si el ser siervo de Dios es más que ser rey del mundo, ¿qué será el ser su amigo?—. Porque si dicen los filósofos que un amigo es como «otro yo», el ser amigo de Dios será algo así como un dios y se ha de reverenciar como en quien está Dios». (Nieremberg).

IV.—COMO SE CONSIGUE LA AMISTAD CON DIOS

Las palabras de Jesucristo son estas: «Vosotros sóis mis amigos si hacéis lo que yo os mando». (Jn., 15).

Para alcanzar la mistad de Dios no hace falta otra cosa que guardar sus Mandamientos, y los Mandamientos de Dios se resumen todos en estas dos palabras: «Amarás a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a ti mismo». Esto es todo; no se te pide nada más. No se te exigen grandes penitencias que tal vez no podrías cumplir, porque podría faltarte la salud: ni se te exigen prolijas oraciones que quizás no tuvieras tiempo de hacer. Tampoco se te pide que te desplaces de tu patria en largas peregrinaciones por pueblos extraños, porque acaso tampoco esto te fuera fácil de realizar. Solamente se te manda que ames, y para esto ninguna escusa puedes alegar, porque para ello no te hace falta dinero, ni fuerza, ni salud: te basta con sólo tener corazón.

Esto fue lo que hizo exclamar a aquel muchacho de que habla San Agustín en sus Confe-

siones. El santo dice que estando en un monasterio leyendo la vida de San Antonio, al ver la alegría con que aquellos monjes servían a Dios, vuelto hacia su compañero muy emocionado le dijo: «Amigo: tú y yo, ¿qué es lo que pretendemos o pensamos alcanzar en el palacio, sirviendo entre tantos peligros a nuestro emperador? ¿Podremos aspirar a más que a conseguir su amistad? Y para obtenerla, ¿a cuántos peligros nos exponemos? ¿Cuántas vigilias, malos ratos e inquietudes tendremos que sufrir? Y en esto, ¿qué estabilidad hay? Todo está lleno de peligros, y, ¿por cuántos peligros se llega a este peligro mayor? Y, ¿cuándo será ello? Pero si quiero ser amigo de Dios, al momento lo seré. La amistad con el rey nos cuesta mucho; pero si queremos ser amigos de Dios en un punto lo conseguiremos: basta que queramos serlo y ya lo somos. Y, ¿qué cosa más últil y provechosa que ser amigos de Dios? Vete tú, si quieres, a servir al emperador, que yo desde este mismo momento me propongo servir a otro Señor más rico y poderoso, al cual puedo servir con mayor facilidad y su servicio me ha de ser mucho más útil y provechoso». El compañero que le escuchaba, al ver su semblante tan emocionado y oírlo hablar de aquella manera, resolvió imitarlo en su propósito y los dos se hicieron monjes».

Hablaba bien este muchacho al decir que para ser amigos de Dios no hace falta más que quererlo ser, y que servir a Dios es más fácil

que servir al rey; porque a los señores de la tierra, en ocasiones, no podríamos obedecerles, porque, tal vez, nos manden cosas imposibles de ejecutar; o quizá, quisieran que hiciésemos cosas que no sabríamos hacer. Pudiera ocurrir que en alguna ocasión nos pidan alguna cosa muy pequeña, y a pesar de nuestra mejor voluntad, no lo pudieramos hacer; quizás porque no sabemos, o tal vez porque en aquel momento no podemos. Pero lo que nos manda Dios, por grande o difícil que parezca, siempre será posible, pues cuando un hombre tiene gran voluntad, Dios lo acepta, no exigiendo de él, sino lo que puede, y no lo que no puede» (II Cor. 8, 12).

Muchos hay que se figuran a Dios como un juez muy severo que siempre está deseando tener algo que castigar, y al cual es imposible tener alguna vez contento. No hay error más grande que éste. Dios es el Señor a quien con mayor facilidad se puede servir, porque se contenta con sola nuestra buena voluntad y sabe muy bien hasta donde podemos y qué es lo que no podemos. Con la misma facilidad le puede servir el que tiene salud como el que tiene enfermedad; el que es muy sabio, como el que es ignorante, y el que ha estudiado mucho, como el que es un analfabeto.

Para servir a un señor que se contenta con sola nuestra buena intención, no hace falta la robustez del cuerpo, ni ser muy sabio o instrui-

do, ni ser un maestro en algún arte u oficio. Es suficiente con que tengas un corazón puro y un ánimo sincero, con una resolución verdadera de hacer todo lo que puedas por agradarle, que de lo que no puedas nunca te pedirá cuenta ni te preguntará por qué no lo hiciste.

V.—EL MISTERIO DE LA ADVERSIDAD

Hemos dicho que teniendo amistad con Dios, siempre tendremos buena suerte, y por lo mismo seremos felices. Esto es comprensible, porque, ¿cómo Dios al dirigir todos los acontecimientos no los habría de guiar siempre en beneficio de sus amigos? Hasta a nosotros que somos malos nos gusta hacer el bien a nuestros amigos, y máxime si no nos cuesta nada. Pues, ¿cuánto más procurará Dios favorecer a sus amigos, pues no le cuesta el menor trabajo, ni sufre con ello molestias ni cansancios?

«Si tu hijo te pide un pez ¿le darás por ventura una serpiente? O si te pide un huevo ¿le darás un escorpión? Pues si vosotros siendo malos sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, dice el mismo Jesucristo, ¿cuánto mejor lo hará vuestro Padre celestial?»

La razón nos dice que así debiera ser, y hasta el mismo Jesucristo nos asegura que efectivamente así es. Pues, ¿por qué vemos que lo que pasa es realmente lo contrario?

Sería lógico y lo más razonable que Dios

diera la buena suerte a los buenos y la mala suerte a los malos; que los buenos recibieran toda clase de favores y beneficios, y los malos todas las desgracias y desdichas del mundo. Sin embargo, ¿quiénes son los que tiene mejor suerte sino los malos? ¿Quiénes los más favorecidos y honrados del mundo, sino los pecadores?

Y al contrario: ¿Quiénes son los de peor suerte, quiénes los más desgraciados e infelices?— Los buenos, los amigos de Dios, aquellos que se desvelan por complacerle y amarle.

Escuchemos lo que nos dice San Pablo, uno de los mayores amigos de Dios, el más grande de los apóstoles: «Dios a nosotros los apóstoles nos trata como a los últimos hombres, como a los condenados a muerte... Hasta la hora presente andamos sufriendo el hambre, la sed, la desnudez, los malos tratos, y no tenemos donde fijar nuestro domicilio... En fin, somos tratados hasta la hora presente como la basura del mundo, como la escoria de todos». (I Cor. 4).

Y continúa el Apóstol diciendo: «Nos vemos acosados de toda suerte de tribulaciones, pero no por eso perdemos el ánimo; nos hallamos en grandes apuros, más no desesperados; somos perseguidos, más no abandonados; estamos abatidos, más no enteramente perdidos, y, en fin, traemos siempre en nuestro cuerpo por todas partes la mortificación de Jesús» (II Cor. 4).

En la segunda carta a Timoteo, 3, 12, también leemos: «Ya se sabe que todo aquel que quiera vivir virtuosamente según Jesucristo, tiene que padecer persecuciones». Y precisamente esta misma doctrina era lo primero que procuraban aprendiesen todos los cristianos, pues leemos en los Hechos de los Apóstoles, 14, 21, que ante todo había «que hacerles entender que es preciso pasar por medio de muchas tribulaciones para entrar en el reino de Dios».

Y no solamente sabemos que esto es así, porque así lo dice la Biblia: es que también tenemos la historia que lo corrobora en todas las ocasiones. No existe una biografía sola; una sola de algún santo que no haya tenido que sufrir mucho en esta vida. Todos aquellos que más se empeñaron en agradar a Dios y en hacer en todo momento su divina voluntad, sabemos que son los que tuvieron que soportar las mayores desgracias y más tristes calamidades de la vida: enfermedades, pobreza, contradiciones, etc., etc. Razón tenía el apóstol San Pedro cuando escribía: «Cuando Dios os pruebe con el fuego de las tribulaciones no os extrañéis como de una cosa muy extraordinaria» (I Pet. 5). No, no os extrañéis como de algo raro o extraordinario, porque eso es lo normal: es lo más ordinario. Al contrario: los blasfemos, los pecadores, aquellos que se ríen y se burlan de Dios y del prójimo son los que prosperan y les acompaña la suerte en todos los momentos de la vida.

Este proceder de Dios es lo que más desatina y confunde al mundo; esto es lo que más los atontese y escandaliza, pues, como decía el Apóstol: «la cruz es una gran locura para los gentiles y un escándalo para lo judíos» (I Cor. 1) Parece increible que un Dios que todo lo puede permita que sufran aquellos que ama; y es por eso que cuando los judíos vieron a Jesuscrito colgado de la cruz y abandonado de Dios, se decían: «Cómo es posible que este pueda ser Hijo de Dios, cuando así lo deja abandonado en nuestras manos? Si fuera Hijo de Dios, Dios le bajaría de la cruz». Y le decían: «Si eres Hijo de Dios, baja ahora de la cruz». Y añadían: «Si es el rey de Israel que baje ahora de la cruz y creeremos en El; «El pone su confianza en Dios: pues si Dios le ama que le libre ahora de la cruz, ya que El mismo decía: yo soy Hijo de Dios» (Mat. 27).

«Se gloría de tener a Dios por Padre... Veamos ahora si sus palabras son verdaderas: experimentemos lo que le acontecerá y veremos cual será su paradero; que si es verdaderamente Hijo de Dios, Dios le tomará a su cargo y le librará de las manos de sus adversarios... Examinémosle a fuerza de afrentas y de tormentos. Condenémosle a la más infame muerte; pues que según sus palabras será El atendido. Tales cosas idearon los impíos, y tanto desatinaron cegados de su propia malicia, y no entendieron los misterios de Dios». (Sap, 2).

Exactamente eso es lo que nos pasa: no entendemos los misterios de Dios.

VI.—SE ACLARA EL MISTERIO

El misterio de la adversidad queda aclarado si consideramos que Dios es un Ser infinitamente justo que no puede conceder ningún premio sino a la medida de los merecimientos de cada uno. Para premiar y favorecer tiene a su disposición toda la eternidad; pero nosotros para merecerla solamente tenemos a nuestra disposición el corto plazo del tiempo de esta vida. A medida de nuestros merecimientos será nuestra gloria en la eternidad; el merecimiento no se concibe sin el sufrimiento por amor; luego si lo que más nos conviene es aprovechar al máximo el corto plazo del tiempo de esta vida para merecer, debemos sacar la lógica conclusión de que lo que más nos conviene es padecer con amor por El.

Es tanta la gloria que Dios concederá por los menores sufrimientos de esta vida que, como decía el Apóstol: «Los trabajos leves y momentáneos de esta vida no son de comparar con aquella sublime gloria venidera que para siempre se manifestará en nosotros». (II, Cor. 4).

Pudiera Dios conceder a cada hombre una cantidad de gloria y felicidad allá en el Cielo, que fuera equivalente a los trabajos y sufrimientos padecidos por su causa aquí en la tierra; pero no lo ha hecho así, sino que a nuestros sufrimientos les ha concedido un mérito que no tenían y que El nos mereció con su muerte. De este modo, aunque nuestra gloria en el Cielo será a medida de los sufrimientos que hayamos padecido por su amor, no lo será en la proporción de su verdadero valor, porque al hacernos Cristo partícipes de sus propios merecimientos, le dan un valor infinitamente superior, pero siempre proporcionados a nuestros propios merecimientos.

Para aclararlo mejor, y de una forma gráfica, pudiéramos decir que al número que pudieran sumar los merecimientos reales de cada persona, Jesucristo le une los suyos en una proporción de tres ceros colocados a la derecha: y así, si tus merecimientos suman solamente 100, con los tres ceros de Cristo se te convierten en 100.000, y si tus merecimientos fueran mil, se convertirían en 1.000.00(pero en cambio si hubieras sido tan santo que tus propios merecimientos hubieran alcanzado el millón, con los tres ceros de tu Señor hubieras llegado a 1.000.000.000, nada menos que la suma de mil millones.

Así que la gloria que disfrutará allí cada

uno, siempre será en la medida de sus propios merecimientos, sólo que evaluados con los merecimientos de Cristo que los multiplican por mil.

Nosotros tal vez creíamos que un Dios infinitamente poderoso y dueño absoluto de su gloria, como es nuestro Dios, que podría hacer feliz a cualquiera sin necesidad de que mediara algún merecimiento de parte de las personas favorecidas; y hasta creíamos muy natural que un Dios infinitamente bueno debería conceder la gloria a todos los hombres sin excepción y sin hacer distinción entre buenos y malos. No habíamos comprendido que entre las perfecciones de Dios está la justicia, y sería ir contra esta virtud el premiar con la gloria al que por sus acciones más bien mereciera ser castigado. Si Dios pudiera darnos la gloria sin que intervinieran los merecimientos que se adquieren con los sufrimientos y el amor al primero que hubiera librado de ellos habría sido a su propio Hijo.

Consideremos a Nuestro Señor Jesucristo en el Huerto de los Olivos cuando postrado en tierra fue repasando por su mente todo lo que le esperaba sufrir en aquella noche y en todo el día siguiente. Quiso Dios que se le representara tan a lo vivo todo aquello y llegó a sentir tal horror y una tristeza tan mortal que, extremecido por el pánico empezó a sudar algo así como gotas de sangre, nos dice el Evangelio. Estando en

aquella angustia tan terrible y mortal, no pudiendo ya más, llamó a su Padre y le dijo: «Padre mío, si es posible traspasa de Mí este cáliz», no me hagas beber amargura tan cruel ni me obliges a sufrir tormentos tan insoportables. Pero Dios no le liberó de aquella terrible angustia, ni le suprimió uno solo de sus tormentos... Pues si «el que ni a su propio Hijo perdonó, sino que le entregó a la más terrible y angustiosa muerte» para merecernos a nosotros la felicidad eterna, ¿Cómo podremos pensar que Dios pudiera conceder esa felicidad sin necesidad de los sufrimientos? ¿Acaso Dios está loco? ¿pues no sería de locos martirizar a su propio hijo de aquella manera sino fuera ello la mayor gloria del mismo Hijo?

Los sufrimientos padecidos por Cristo son los que más claramente nos ponen de manifiesto la necesidad de los nuestros, porque sabemos que sería imposible que Cristo hubiera padecido si sus sufrimientos no hubieran sido para mayor bien.

El venerable P. Nieremberg, hablando de los sufrimientos nos dice: «De ninguna cosa que en esta vida dispone su Majestad de nosotros podemos tener mayor satisfación que nos está bien, y por ninguna le debemos ser más agradecidos que cuando nos aflige. La razón es clara, porque por su condición y naturaleza es Dios la misma bondad, afamilidad, benevolencia, libe-

ralidad, teniendo más inclinación a hacer bien y consolar que el fuego a quemar y una piedra a irse abajo. Pues como sea la naturaleza de Dios tan benigna, nunca aflige a uno por sólo afligirle, sino porque le quiere hacer un gran beneficio para el cual es el medio aquella aflición; y así, a no poder más, a manera de decir, y como forzado del deseo que tiene de nuestro bien, nos aflige y desconsuela, que, de suyo, no es eso conforme a su inclinación, que es de consolar y recrear. En afligirnos parece que va contra su natural, y solo el deseo de nuestro bien le hace se muestre austero El, que no es sino la misma benignidad y bondad.

«Qué pudiéramos decir de un médico piadoso que dejase comer y beber a sus enfermos lo que quisieran sólo por no desconsolarles, aún echando de ver que aquello los mataba? ¿Y qué misericordia fuera, sino antes inhumanidad, si pudiendo dar salud con una purga a uno que estaba a punto de morir, lo dejase morir sólo porque le amargaría? Pues lo que en un hombre juzgáramos rigor e inhumanidad ¿por qué lo hemos de querer de Dios? Antes como con un médico no se enoja el enfermo, sino que le paga largamente porque le manda dar bebidas amargas y le niega todas las cosas de gusto contrarias a la salud, de la misma manera, no solamente debemos estar conformes con la voluntad de Dios cuando nos aflige, sino que debemos pagarle este cuidado que tiene de nosotros, siquiera

con serle más agradecidos. Porque si a un cirujano le agradece y recompensa con buena paga un encancerado por haberle cortado un miembro ¿por qué no merecerá mayor agradecimiento Dios, que con medios suaves, aunque nos duelan, nos libra de mayores males...?

«Dios es infinitamente bueno, nos ama y desea nuestro bien, infinitamente más que nosotros nos amamos y nos deseamos el bien. Dios es infinitamente sabio y conoce el bien mejor que nosotros, de modo que no puede errar en ello. Dios es tambien infinitamente poderoso, de modo que no es falta de poder el no quitarnos nuestra aflición. Pues si a Dios no le faltan fuerzas y le sobran tanto amor y tanta sabiduría para querernos bien y acertar en lo que conviene; y con todo eso no nos saca de nuestro trabajo, es la señal más evidente de que esos trabajos nos convienen. Y así, no siendo quien blasfeme y diga que Dios es malo o que no sabe lo que hace, o que no puede más más, no se puede quejar de lo que le sucediere; que aunque el sentido no nos de a entender lo mucho que nos importa cualquier trabajo que nos envía, hemos de regirnos por la fe y la razón. ¿Y a quien hemos de creer más, a nuestro afecto, que tantas veces nos ha engañado, o a Dios que es la misma verdad?» (Vida Divina).

En resumen: Los trabajos y sufrimientos de esta vida son «medios» absolutamente necesa-

rios para conseguir la verdadera felicidad que solo se dará en el Cielo; si no fueran así Dios no se los hubiera dado en tanta abundancia a todos sus amigos ,y aún menos a su divino Hijo, que fue el que con mayores angustias y trabajos cargó sobre sus hombros. Esto es una razón muy lógica y creo que todo el mundo la debe comprender.

San Pedro de Alcántara es uno de los santos que más se distinguió por sus penitencias y sus mortificaciones, y nos cuenta Santa Teresa que cuando murió se le apareció a élla y le dijo: «Feliz penitencia que tanta gloria me ha proporcionado!». Por eso añadía la santa: «después que el Señor me ha dado a entender la diferencia que hay en el Cielo de lo que gozan unos a lo que gozan otros, cuán grande es..., digo..., que si me dijesen cuál quiero más: estar aquí con todos los trabajos del mundo hasta el fin de él y después subir un poquito más en la gloria, o sin haber padecido aquí nada irme a un poquito de gloria más baja, que de muy buena gana tomaría todos los trabajos de este mundo por un poquito de gozar más y de entender más las grandezas de Dios» (Vida, 37, 2-3).

Cuenta la historia que en una ocasión en que San Francisco de Asís venía de predicar un sermón, acompañado de otro religioso, y mientras se dirigían a su convento que estaba en un sitio solitario y desierto, y como fuera ya de

noche y además estaba nevando y hacía mucho frío: San Francisco le dijo al otro hermano: «Hermano, ¿Tú sabes en qué consiste la verdadera alegría? Y como el otro religioso no supiera que contestar, el santo añadió: «Pues la verdadera alegría está en que si ahora cuando leguemos a nuestro convento encallados de frío, si al llegar y llamar a la puerta no nos conocieran y no nos quisieran abrir y nos dejaran estar toda la noche sobre la nieve pasando el frío más atroz, si todo eso lo sufrimos por Dios, en eso está la verdadera alegría! Y como a estas palabras aquél otro religioso mostrase cierta estrañeza y admiración, el santo añadió: «Si cuando lleguemos al convento no nos conocieran y no nos quisieran abrir; y si nosotros insistimos en llamar, y entonces tomándonos por unos bandidos, salieran y nos apalearan y nos rebolcasen por la nieve y nos dejasen allí mal heridos toda la noche sobre la nieve, si todo eso lo sufrimos con paciencia por amor de Dios, en eso está la verdadera alegría» (Florecillas de San Francisco).

Seguramente que muchas personas si llegasen a oir esta historia, pensarían que San Francisco estaba loco; ¿cómo pueden ser motivo de alegría cosas tan desagradables? Pero la razón nos la da San Pablo cuando nos dice que «el trabajo momentáneo y ligero de nuestra tribulación, nos produce, sobre toda medida, un peso eterno de gloria» que para siempre nos hará felices (II, Cor, 4, 17).

Por eso Jesucristo que es la misma verdad, no dijo como decimos nosotros: «Felices los que tienen mucho dinero, porque con el dinero pueden comprarlo todo; Felices los que están hartos de toda clase de placeres, porque no les falta nada de cuando les puede hacer felices y dichosos; Felices los que sois queridos, admirados y ensalzados por los hombres, porque éllos os ayudarán a conseguir todo lo que podáis necesitar para conseguir la más completa felicidad». Lo que dijo Jesucristo fue precisamente todo lo contrario: «Bienaventurados los pobres... Felices los que padecen hambre... Dichosos los que son perseguidos... Bienaventurados seréis cuando os insulten, cuando os persigan y levanten contra vosotros toda clase de calumnias, por mi causa. Alegraos y regocijaos entonces, porque vuestra recompensa será grande en los cielos...» (Mat. 5, 1-12).